

José Alberto Hernández Ibáñez, *Patrología didáctica*, Editorial Verbo Divino, Estella 2018, 326 pp. ISBN 978-84-90734-19-3.

Como el título del tomo lo indica, *Patrología didáctica*, busca ser un manual de patrología básico que lleve al lector hacia un primer acercamiento al mundo de los Padres de la Iglesia.

En el proemio (13-14) el autor indica que, como es lógico, «no trata la totalidad de los autores del período patrístico» (13), asimismo subraya la importancia que al estudio de los Padres se le ha venido dando desde el Vaticano II.

Al introducir el estudio de la patrología (15-34) Hernández Ibáñez (= H.) considera en este grupo de autores de la antigüedad en Occidente «hasta Gregorio Magno († 604) o Isidoro de Sevilla († 636), como los de Oriente hasta Juan Damasceno († 749)» (15). Hace una clara distinción entre patrística «que se ha tomado como adjetivo o como tratamiento doctrinal de la obra o del autor» y patrología la cual «ha de entenderse como el estudio de un autor cristiano antiguo y de su obra» (17).

Al definir quién es un Padre de la Iglesia (18-21) H. subraya: «Luego entonces no todos los autores de esta época deben ser considerados Padres» para pasar a los conocidos criterios de rectitud de doctrina, santidad de vida, aceptación por parte de la comunidad y la antigüedad.

Para acercarse al método de estudio de los Padres (21-25) el autor plantea algunos criterios: el criterio de la lengua en la cual se desarrolló su trabajo literario; el criterio cronológico «Los estudios patrísticos actuales han alargado el período histórico incluyendo el siglo IX» (22); otro interesante criterio sería el de la temática tratada por los autores subclasificándolos en exégetas, historiadores, teólogos, etc.; el criterio geográfico, la región en la cual desempeñaron su labor; otro factor sería el de la escuela a la cual seguían, como por ejemplo la de Alejandría o Antioquía; y el último criterio sería la Tradición a la que pertenecieron. Un poco más adelante (33) presenta un útil cuadro de acercamiento a los Padres bajo los criterios de la temática, el desarrollo del dogma y bajo el criterio cronológico.

Continúa su introducción con los contextos del desarrollo patrístico (25-29) donde subraya la importancia de la historia «La base de la comprensión patrística es la historia» (25); y H. mismo subraya «conviene consultar los manuales de historia de la Iglesia conocidos y otras obras especializadas» (26) y efectivamente este manual presupone en sus páginas el acercamiento paralelo a la historia de la antigüedad cristiana; destaca asimismo la importancia de las lenguas grecolatinas como un factor esencial para la comprensión de los Padres; las culturas presentes en el mundo antiguo; el estudio de las herejías contra las cuales lucharon y la importancia de la historia del devenir teológico que también este tomo presupone.

H. expone los recursos patrológicos (29-34) como son los diccionarios, los manuales, las traducciones, las patrologías enciclopédicas, como la edición de Migne, además de recursos bíblicos, exegéticos y hermenéuticos.

Después de cada capítulo H. presenta una actividad que seguramente será muy útil cuando el texto sea utilizado como estudio personal o para grupos de estudiantes.

Comenzará el estudio de los Padres, como era de esperar, con el capítulo correspondiente a los Padres apostólicos (35-57) de los cuales aclara «no se refiere al hecho de la sucesión directa de los apóstoles como se entiende en la actualidad» (36).

Comenta algunas obras como la *Didajé*: «Es el Código de Derecho Canónico, el Catecismo y el prontuario litúrgico más antiguo de la Iglesia» (37); después de presentar la obra incluye un texto selecto de la misma, método que aplica en otros puntos del libro en los que presenta textos de otras obras. Sin embargo, es extraño que H. no señale el origen bibliográfico de las versiones en castellano que incluye para su análisis.

En el mismo capítulo de los Padres apostólicos presenta a Clemente de Roma, Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna, Papias de Hierápolis de quien señala: «La parte más valiosa de su obra es lo que se reporta como la enseñanza oral de los discípulos de los apóstoles y que quizá no se encuentra en ningún otro escrito» (52); la epístola del pseudo-Bernabé; el Pastor de Hermas que «pertenece al grupo de apocalipsis apócrifos cristianos» (53). Al concluir el capítulo de los Padres apostólicos, H. señala recomendaciones bibliográficas para su profundización, esquema que repetirá en los siguientes capítulos.

El siguiente capítulo trata acerca de los apologistas griegos de los siglos II y III (59-80). Después de una breve introducción hace un recuento de algunos de los ataques escritos que los creyentes recibieron del mundo pagano; la relación entre el mundo judío y el cristianismo al respecto de la cual anota que «muy pronto más que madre era mostrada como madrastra» (60); destaca la labor de los apologistas como «los primeros misioneros que han operado la inculturación» (61). Procederá a profundizar el tema reseñando la la-

bor de algunos Padres: Justino «el apologista griego más importante de los primeros años del cristianismo» (63), después de presentarlo profundiza en su teología; Taciano y sus escritos; el «mucho más refinado» (72) Atenágoras; Teófilo de Antioquía; Melitón de Sardes; y concluye el capítulo con el discurso *A Diogneto* «la perla de la anti-güedad cristiana» (75).

Continúa con el capítulo de la exposición de la corriente heterodoxa (81-100) anotando que «Los Padres fueron muy agudos y cuidadosos en detectar los errores lógicos y de interpretación que se suscitaron al inicio de la conformación del credo cristiano» (81): H. señala las características más esenciales del docetismo, el gnosticismo «tendencia irreconciliable y peligrosa» (83), el maniqueísmo «una verdad exigua y ridícula» (88), de éste se adentra en su doctrina «una arquitectura de mitos» (92), el monarquianismo y por último el montanismo. Concluye H. señalando que «todo sistema heterodoxo se marchitó una vez que los intereses de sus miembros cambiaron» (95).

El capítulo «Teólogos de los siglos II y III» (101-140) abre con una introducción al tema y procede con su exposición comenzando con Ireneo de quien señala: «no fue un catedrático; es el hombre de la fe, de la Iglesia; es un obispo y pastor» (103), enlista sus escritos y profundiza en su teología trinitaria y cristológica, en su soteriología y en su eclesiología; continúa con Hipólito de Roma, se adentra en sus obras y en su doctrina considerando que «cae irremediabilmente en errores filosóficos agudos» (111) además de incurrir en el subordinacionismo. H. presenta un breve comentario del fragmento muratoriano «que no se le puede atribuir a Hipólito» (113); continuará con Tertuliano destacando de él «sus esquemas que provienen de su ingenio» (117) y profundiza en su teología trinitaria y cristológica considerando que Tertuliano «se adelantaría a las conclusiones de Nicea y Calcedonia» (121), además de su teología eclesiológica, escatológica, ascética y por último su doctrina penitencial, entre lo cual señala que «el penitente debe presentarse ante un sacerdote para confesar sus pecados» (124); continúa el capítulo con Novaciano, después de algunos apuntes biográficos, «teólogo influyente de una comunidad que a la vez lo apreciaba y lo rechazaba» (127) y señalar sus obras

procede a adentrarse en su teología «para descubrir a un científico reposado y metódico de la fe» (129); presenta a Cipriano, autor que «desarrolló una eclesiología brillante» (133), analizará sus obras y su teología. Cabe señalar que, dado el objetivo del libro, se extraña la traducción al castellano de algunas citas que pudieran ser complejas para los lectores no acostumbrados a los textos latinos.

Continúa con el apartado acerca de la gnosis cristiana (141-164) la cual define como «teología científica [...] base para la construcción del dogma definitivo de la fe» (142). Procede a comentar a los autores Panteno y Clemente de Alejandría, del cual comenta sus obras, entre ellas la homilía *Quis dives salvetur?*, «primer discurso profético de denuncia social cristiano» (144). Continuará con Orígenes «uno de los más importantes, profundos e influyentes escritores de la Iglesia antigua» (148). H. reseña brevemente la vida de Orígenes y, hablando del incidente en el que el alejandrino se hizo eunuco a sí mismo por el reino de los cielos (cf. *Lc.* 19, 12), observa: «Esta mutilación [...] ha sido puesta en duda por los eruditos» (151); reseña sus obras y su método teológico, entre ellos destaca el comentario que hace de la antropología tricotómica (espíritu, alma y cuerpo) «La originalidad de la tricotomía origeniana es su base bíblica» (157). Tratando de su método dogmático señala «de aquí proviene la sospecha del subordinacionismo origeniano» (158), H. concluye así la presentación de Orígenes: «Los estudiosos contemporáneos han mitigado los estigmas y rehabilitado intelectualmente al alejandrino» (159).

El capítulo titulado «El debate dogmático» (165-186) abre con la exposición de la problemática trinitaria y cristológica, iniciando con el debate entre Dionisio de Roma y Dionisio de Alejandría quien proponía que el Hijo era «extraño a la esencia del Padre» (166); continúa con un breve comentario de Pablo de Samosata y Melecio de Licópolis; procederá a tratar del giro constantiniano y del enorme impacto que provocó el problema arriano: «se podría decir que la historia teológica está dividida en “antes y después de Arrio”» (168). El autor avanza hasta llegar al Concilio de Nicea y explica de inmediato las posiciones presentes en el mismo (extrema izquierda, centro izquierda, centro derecha, extrema derecha); comentará las dificultades en la recepción al Concilio especialmente en lo referente al término

homoousios, y concluye esta sección comentando los últimos días de Arrio: «Los críticos sospechan que fue envenenado» (175), y la presentación de Atanasio «el campeón de Nicea» (181) quien «dentro de su actividad como combatiente se dio el tiempo para escribir» (181).

El siguiente «El siglo de oro de la patrística griega» (187-226), inicia con los Padres capadocios, Basilio el Grande, sus obras y su pensamiento entre lo que destaca «es el primero de una pneumatología valiente» (192); continúa con Gregorio de Nisa de quien expone su vida y sus obras; de igual manera de Gregorio Nacianceno; sigue H. con Cirilo de Jerusalén destacando que con sus Catequesis «el credo de Jerusalén avanzó en comparación con el Niceno antes del Concilio de Constantinopla» (211); procede a exponer a Apolinar «autor de la más sofisticada herejía cristológica» (215) comentando su obra y su pensamiento; continúa con Juan Crisóstomo de quien expone brevemente su vida, así al hablar del inicio de su episcopado señala «su intransigencia le ganó el relajamiento de la vida cristiana de la comunidad. Al darse cuenta de esto se lanzó a una reforma espiritual de su diócesis» (218), H. comentará sus obras y su pensamiento. Continúa con Cirilo de Alejandría de quien afirma «paradójicamente, fueron sus cualidades teológicas y su carácter despótico lo que le otorgó todos los méritos y triunfos heroicos durante su acalorada defensa de la ortodoxia cristiana» (223), luego presenta los doce anatematismos de Cirilo contra Nestorio.

«El esplendor latino» (227-262) comienza afirmando que estos autores «propusieron la fe al nivel de la naturaleza razonable de todo ser humano» (229). Inicia con Hilario de Poitiers, autor que «se afanó por demostrar el valor de la unidad y de la distinción personal de manera casi obsesiva» (231); continúa con Ambrosio, del cual asegura que «era un personaje eminentemente práctico, todo su ministerio lo dedicó a resolver problemas reales» (237); continúa con la biografía de Jerónimo comentando brevemente sus obras y su respectiva lectura complementaria. Le sigue Agustín, el «Doctor de la elocuencia» (245). Como era de esperarse lo trata comentando sus obras y su pensamiento, y señala que «es inabarcable la ciencia que en torno a él se ha gestado» (246), dado que «Agustín no es solo un autor objeto de estudio sino un fenómeno de pensamiento inagota-

ble» (247). Continúa el capítulo con León Magno y Gregorio Magno, del cual reitera que fue un «fuerte impulsor de la lectura de la Biblia» (258), indicando también que su «carácter depresivo [...] fue un factor de desarrollo para la vida espiritual», concluye señalando su importancia como «un eslabón más entre los períodos de la antigüedad y el Medioevo» (259).

El capítulo «El final de la época patrística» cierra el libro. En él habla ciertamente de los últimos Padres pero además considera lo que vendrá después de los Padres: «un nuevo estilo denominado recepción patrística» (264), puesto que «se puede decir que, después de Agustín [...] las fuentes principales de la teología fueron dos: la Sagrada Escritura y los escritos del Doctor de Hipona» (264). Presenta a Isidoro de Sevilla «escritor enciclopédico muy leído en la Edad Media» (265) su biografía y sus obras; continúa con Máximo el Confesor su biografía y sus obras: «La preocupación teológica del autor estuvo centrada en la cristología y en la visión salvífica de la historia» (271); Juan Damasceno «el último representante de la patrología griega por sus obras monumentales» (273) autor destacado por «la triple riqueza esparcida en sus obras: la de la santidad, la del pensamiento y la del estilo» (273); incluye también a Beda el Venerable presentando de él una breve biografía: «no fue un monje fugado del mundo; también tenía preocupaciones eclesiales» (278).

El libro de H. contiene varios anexos. El primero de los cuales es la exposición del «Marco geográfico patrístico» (281-288) en el cual habla de la expansión del cristianismo y así pasa a comentar las antiguas sedes: Palestina, Arabia «el nombre es del todo ambiguo» (282), Egipto subrayando la importancia de Alejandría, Siria acentuando la importancia de Antioquía «eminentemente misionera» (284), el área hacia Mesopotamia subrayando en ella Dura Europos entre otras localidades, Roma y la visión que el resto de la cristiandad va adquiriendo de ella y concluye con el norte de África.

El siguiente anexo es ciertamente de mucho interés y actualidad: «Notas sobre la actividad pastoral de los Padres de la Iglesia» (289-310) indicando que «El término pastoral no es una voz recurrente en los cuadros de la actividad cristiana» (289). El motor pastoral de la Iglesia antigua es, según el estudio de H., la «caridad operante como

fuerza de la acción de la fe» (290). Este anexo posee varios subtemas, el primero es el de la “Predicación” (291-295) en el cual desarrolla el proceso del *kerygma*, la catequesis, la transmisión del mensaje especialmente por medio de la predicación y especialmente el ejemplo de los Padres: «Casi todos los Padres tuvieron gestos y obras portentosas de la caridad» (295). El siguiente subtema es el de la “Ministerialidad” (296-304) en el cual introduce el estudio de los servicios como el ser apóstoles, diáconos, profetas, maestros, evangelistas, pastores, presbíteros y obispos; además de comentar algunos servicios ministeriales concretos como el presidir la eucaristía, la función magisterial, el cuidado pastoral, la relación armoniosa con el obispo, la responsabilidad propia del ministerio sacerdotal y por último la santidad sacerdotal; el tercer subtema es el del “Culto” (304-308) en el cual habla de la liturgia como servicio pastoral, la relación entre la comprensión de la fe y la razón y el proceso mediante el cual debían cambiar su mentalidad con respecto a lo aprendido anteriormente, todo esto a la luz de la buena nueva. La bibliografía presente en este anexo hace referencia a varias publicaciones de H. acerca de este tema que evidentemente es de su interés, ojalá que el autor nos siga ayudando a profundizar mucho más en estos temas.

Concluye el libro con un último anexo «Mujeres representativas en el ambiente patristico» (312-324). «Sería muy forzado hablar de Madres de la Iglesia» (312) señala al comenzar este anexo. H. menciona la importancia de la labor de las mujeres al lado de los Padres o cerca de los mismos; incluso alude al papel de algunas emperatrices «a veces poco favorables» (313) a la vida de la Iglesia; más adelante menciona brevemente el desarrollo de la vida consagrada femenina «a imitación del Cristo virgen y casto» (314); el surgimiento de experiencias con «voto privado y [...] en familia»; su participación en la vida de oración y en la caridad; el desarrollo de las experiencias cenobíticas o en gineceos «un proyecto femenino de cultura y oración» (319); concluye el anexo subrayando la importancia de la virginidad y nuevamente resaltando su participación en la construcción de la Iglesia.

Concluye el volumen con una selecta bibliografía que es una guía útil para profundizar aún más en los temas principales.

El volumen en cuestión cumple bien con su objetivo de ser una introducción a la patrística y ciertamente será muy útil para casas de formación, seminarios, formación de grupos laicales o para el estudio personal inclusive.

JOSÉ RAÚL MENA SEIFERT
padremena@hotmail.com